



## EL EJEMPLO DE JOAQUIN COSTA.

**E**L pueblo de Graus le acaba de levantar un monumento a Joaquín Costa, como un homenaje de veneración al esclarecido patriota que orientó al pueblo español en momentos de inquietud, de incertidumbre y de angustia, hacia horizontes más amplios de ventura y de prosperidad.

A raíz del desastre doloroso de Cavite y de Santiago, levantó su voz y consagró su esfuerzo a la redención de España. Pensador profundo, removió todas las causas del desastre y la decadencia. Orador elocuente, reclamó una brújula y un histurí. La brújula para orientar a todo un pueblo que no encontraba a dónde volver los ojos que buscaban anhelantes la salvación y

la esperanza. El bisturí para amputar lo malo, lo que no podía servir para la reconstrucción de un pueblo que le había dado días de esplendor y de gloria a toda la humanidad.

Había, pues, que despertar el espíritu público, formar ciudadanos de grandes iniciativas que se interesaran en los asuntos de la cosa pública, en la salvación de la patria. Aquel grito de angustia pronto repercutió en los ámbitos estremecidos del territorio español, y las voces apostólicas de Joaquín Costa, de Angel Ganivet, de Francisco Giner, de Macías Picavea, de Miguel de Unamuno, de Rafael Altamira, resonaron en todas partes, llamando a un pueblo a la reconstrucción y a la grandeza, y hoy se observa un estupendo resurgimiento en la ciencia, en la literatura, en el arte, en el comercio, en la industria. El programa trazado por esos pensadores, el Gobierno de España lo ha desarrollado con amplitud de miras, y sobre los escombros y las ruinas se ha levantado esa nación más pujante y vigorosa que nunca. Aquellos hombres daban un alto ejemplo de civismo, de abnegación, de desinterés, de sacrificio. Nada importaba que no estuviesen desempeñando

cargos públicos, si había político que se aprovechaba de sus ideas en bien de la patria.

Los problemas de la educación nacional motivaron hondas preocupaciones. Había que extirpar el mal de raíz. Se convocó a todos los pensadores de España para que externaran su parecer, para que expusieran sus ideas. Nadie quedó inactivo. Todos prestaron el concurso valioso de su saber y de su experiencia. Se proclamó en todos los tonos que frente a la juventud sólo deberían estar los educadores incorruptibles, maestros inmaculados, que dieran un ejemplo de severidad y de rectitud para formar generaciones fuertes y vigorosas, capaces de señalar a los gobernantes los derroteros del porvenir, capaces de todas las empresas y todas las hazañas en las luchas cívicas.

Todavía hoy permanece frente a la juventud uno de esos hombres señalados por Joaquín Costa: Menéndez Pidal. Con motivo de la reciente clausura de la Universidad de Madrid, el Gobierno español nombró una comisión para que investigara qué profesores simpatizaban con la actitud de los estudiantes que se habían declarado en huelga, como recientemente lo

hicieron los alumnos de nuestras facultades. En el acto Menéndez Pidal dirigió una bellísima carta a Primo de Rivera, considerando deprimente para la intelectualidad española semejante medida. Y le decía algo más: le decía que él simpatizaba abiertamente con la actitud de los estudiantes. Guiado por su patriotismo—el que impone sólo sacrificios, no el que deja prebendas,—habló sobre el momento actual español, decidido a perder su cátedra en la Universidad, a la cual le ha prestado eminentes servicios; pero de esa manera salvaba su decoro, el decoro también de la intelectualidad española, donde él descuella de extraordinaria manera por su sabiduría, por su competencia, por haber consagrado toda su vida a la formación del espíritu de la juventud española. Esa carta de Menéndez Pidal allí queda para siempre como una obra de arte, como un acto de valor civil, como una hazaña noble, realizada por un sexagenario, que desea abandonar todo, menos su cátedra, y a pesar de todo la renuncia, como una protesta enérgica ante el Poder Público.

Los puestos más honrosos son los que imponen mayores sacrificios, como el

puesto de Rector de una universidad. Cuando se está frente a la juventud el ejemplo debe ser más alto, el pensamiento más vigoroso, los ideales más brillantes, los rasgos de sacrificio y de desprendimiento más notables para que el espíritu de los jóvenes vibre con más intensidad, con más vigor, con más fuerza. Así, ejemplos levantados, pensamientos vigorosos, actitudes viriles, pedían aquellos regeneradores de España, frente al desastre y la ruina. Ante esas actitudes, ante esos pensamientos, ante esos ejemplos, los mismos gobiernos respetan y admiran a los ciudadanos que tienen el valor civil y la entereza suficiente de señalar los errores.

Esa generación señaló otras causas generadoras de miseria y de decadencia. Señalaron la inactividad, señalaron a los caciques, señalaron a las oligarquías como origen de esos males, y se procedió en seguida a desarrollar la energía, la perseverancia, el trabajo; se procedió también a hacerle una guerra sin tregua a los caciques y a los oligarcas, que eran un dique para todo progreso. La voz de Joaquín Costa sobresalía entre aquel coro de patriotas que luchaban para sacar a Es-

pañña del desastre y la ruina. Hoy que el pueblo de Graus le rinde ese homenaje, todo Aragón se asocia a él con inusitado fervor, y un grito se escucha en todas partes reclamando para la nación española la gloria de tributarle esa apoteosis a un hombre que no pertenece a Graus, ni a Aragón, sino a todo un pueblo, en cuyo corazón agradecido vive eternamente, porque supo orientarlo en instantes de dolor y de angustia. Aun los que abrigán ideas políticas diametralmente opuestas a las suyas, unen sus aplausos a la tempestad de vítores que vibran hoy en todos los labios, al contemplar el monumento conmemorativo de ese gran hombre, que tanto luchó por el resurgimiento intelectual de España. Luchó con su palabra, luchó con su esfuerzo, señalando errores, señalando el camino de la salvación. Apóstol de un ideal, peregrino de la justicia, ante nada retrocedía. Emprendió una noble cruzada. Caminaba de pueblo en pueblo despertando el interés, el entusiasmo por la cosa pública, por los problemas nacionales. Condenaba a los que permanecían inactivos, y no prestaban su contingente, por más humilde que fuera, a una obra santa de redención. Ese pueblo batallador

se aprestó a la lucha. Toda la intelectualidad española respondió a la voz que la llamaba y tomó una participación decidida y franca en ese movimiento salvador.

Las ideas, los esfuerzos de Joaquín Costa no han sido inútiles. Otros hombres han recogido los frutos. Pero ¡qué importa! España se ha salvado del desastre y la ruina, y el ejemplo luminoso de ese hombre extraordinario allí queda como un símbolo perdurable de la abnegación y el sacrificio por el progreso y la grandeza de un pueblo. Iluminado por la luz de todos los ideales, no supo de egoísmos y se levantaba sobre todas las miserias y las ruindades de la vida. Para encender la centella de la esperanza y la llama de la fe en los corazones de los escépticos y de los incrédulos, de todos aquellos que no creían en el milagro del resurgimiento de ese pueblo, que un día alentó a los audaces portugueses para que realizaran el portentoso viaje a Oriente, y descubrieran en la misteriosa India tesoros inapreciables de una civilización ignorada.

Ese pensador que tanto combatió al oligarca y al cacique, que pidió escuelas con su voz profética, que reclamó educadores inmaculados frente a la juventud

de España, vive en el corazón de todo un pueblo. Sus imprecaciones, sus ideas se repetían lo mismo en las ciudades que en las aldeas, lo mismo por los hombres cultos que por los ignorantes. En la tribuna y en la prensa, en el libro y en la academia, en todas partes invocaba los sentimientos patrios para hacer latir los corazones con el impulso generoso de una empresa de titanes. Por eso el ejemplo de Joaquín Costa no sólo debe de ser reverenciado en España, sino en todos los pueblos que tienen el imperioso deber de acabar para siempre con los oligarcas y los caciques que quieren gobernar contra la voluntad de la nación, sin freno que les impida traspasar los linderos del mal, que disponen de los bienes nacionales como si fueran propios, que no tienen más afán que mandar ciegamente, como si estuvieran mandando en una hacienda de su propiedad.

No es sólo Graus, no es sólo Aragón, no es sólo España en donde se debe enaltecer el ejemplo apostólico de Joaquín Costa, sino en todos los pueblos que padecen el azote quemante de los oligarcas y de los caciques, que impiden todo progreso, toda prosperidad, toda grandeza.